

LIBRO CUARTO.

Consecuencias políticas del nacimiento del duque de Burdeos.—Protesta inserta en el *Morning-Chronicle*.—El duque de Orleans en palacio.—Pregunta de este príncipe al duque de la Albufera.—Los enemigos de la casa de Borbon vencidos en la esfera constitucional.—Efecto producido por la conducta de la duquesa de Berry.—Nueva posición de la dinastía.—Giro de los espíritus en favor de la restauración.—MM. de Lamartine y Victor Hugo, poetas del duque de Burdeos.—La casa del duque de Berry se hace la de su hijo.—El bautismo.—Ceremonias y regocijos.—Limosnas.—Los dos nombres del duque de Burdeos.—Noticia de la muerte de Napoleón.—Dignidad de la familia real.—El general Rapp.—Chambord.—Origen de la suscripción.—Por qué se miraba poco favorablemente en palacio.—*Madama* es ella misma engañada.—Su entrevista con una persona que volviendo de Chambord, rectifica sus ideas.—Chambord y la flor de lis colosal.—Pormenores sobre el castillo y sus diversos huéspedes.—Es comprado en nombre del duque de Burdeos.—Francisco I, Luis XIV.—Súplica de la ciudad de Caen.

El nacimiento del duque de Burdeos debía tener consecuencias inmensas. Era natural que las pasiones que hería, y los intereses, cuyos cálculos desconcertaba, viesan con disgusto este acontecimiento decisivo, que parecía afirmar para siempre la corona sobre la cabeza de los Borbones. La historia no tiene evidencia bastante fuerte contra esas malévolas incredulidades, en las cuales es un partido tomado el poner en duda todo lo que les es dañoso. A la verdad, el nacimiento real del duque de Burdeos, que permaneció por espacio de una hora entera pendiente de

su madre, y esto á la vista de muchos testigos tomados de las filas de la guardia nacional y de todas las clases de la sociedad, es el hecho mas auténtico de la historia moderna; pero las pasiones son ciegas, y los ciegos niegan la autenticidad del sol.

En el *Morning-Chronicle* pareció una protesta, en la que se decía que habia habido substitucion de criatura en la noche del 29 de setiembre. Esta protesta fué atribuida por algunas personas al duque de Orleans. Luego que el diario inglés hubo llegado á París, S. A. S. se dirigió inmediatamente á Palacio. El rey le recibió con severidad; pero el duque se defendió con tanto calor contra toda sospecha de una complicidad deshonorosa en la publicacion de aquel odioso documento, que S. M. debió dar crédito á la sinceridad de sus palabras. El duque de Orleans sabia perfectamente á qué atenerse sobre la fábula de esta pretendida substitucion. El día mismo del nacimiento del duque de Burdeos, S. A. S. habia dado un paso con el duque de la Albufera, que no podia dejarle duda alguna.

«Señor mariscal, le dijo, yo conozco vuestra lealtad; vos habeis sido testigo del alumbramiento de la duquesa de Berry; es efectivamente madre de un príncipe?»

El duque de la Albufera respondió:

«Tan efectivamente como V. A. es padre del duque de Chartres.»

«Esto me basta, señor mariscal.»

Tal habia sido la conclusion de esta conferencia, despues de la cual el duque de Orleans pudo presentar á su sobrina felicitaciones que, al mérito de ser vivas y entusiasmadas, unian sin duda el de ser sinceras.

Ya se ha dicho; el nacimiento del duque de Bur-

deos era un grande acontecimiento. Este niño, en el que la casa de Borbon y todos los que la eran adictos, veían una esperanza, principiaba su existencia por preservar lo presente de una ruina que parecia próxima. Los diez años que vivió aun la restauracion, puede decirse que los sacó de aquella cuna. Las opiniones hostiles fueron vencidas en la esfera constitucional; hubo una cámara monárquica, y un gabinete realista. Es sabido que el advenimiento de M. de Villele, un poco mas tarde, fué consecuencia del movimiento político á que habia dado impulso el nacimiento del duque de Burdeos: el cambio en los espíritus puede decirse que fué universal. La muerte del padre los habia herido y conmovido; el nacimiento del hijo acabó de volver la opinion en favor de la dinastía reinante. Después de tantos infortunios, un rayo de felicidad brillaba en fin para la casa de Borbon, y la felicidad tiene alguna cosa de mágica.

Ademas, es necesario decirlo, el valor de que la duquesa de Berry habia dado pruebas en la noche del 13 de febrero, la conducta que habia observado en la de 29 de setiembre, la energia maternal con que habia soportado todos sus padecimientos, para que el estado de su hijo, ratificado por tantos testigos, se hiciese inatacable; la nueva situacion de aquella antigua dinastía que, remontando á lo pasado, debia dejar tras de sí una muger y un niño, todo este conjunto tenia en sí alguna cosa que removió vivamente los espíritus, y produjo un entusiasmo universal.

Cuando los sentimientos de la naturaleza penetran en el dominio de la política, no pueden dejar de ejercer una grande influencia. Asi es como se han visto en nuestra historia regencias gloriosas y respetadas, en medio de épocas de turbulencias y de pasiones. Se diría que el principio monárquico fatigado de su

largo camino, tiene algunas veces necesidad de apoyarse en los brazos de una muger. Las madres comprenden á la madre, los hijos la admiran y se encuentra que las mugeres salvan la patria, y restablecen la fortuna del estado. Alguna cosa semejante hubo en esta época. Madama la duquesa de Berry habia remozado con su juventud una causa que se representaba como envejecida, y se hubiera dicho que todas las tempestades iban á apaciguarse delante de aquel simbolo que siempre ha hablado al corazon y al espíritu de los pueblos; una muger inclinada sobre la cuna de un niño.

Añádase á esto que la restauracion, haciendo siempre al padecimiento y la miseria compañeros de sus alegrías, el nacimiento del duque de Burdeos habia sido la señal de innumerables liberalidades. El rey, *Monsieur*, la duquesa de Berry, todos los principes habian celebrado de este modo el venturoso acontecimiento del 29 de setiembre. Puede decirse de la rama primogénita de la casa de Borbon, lo que Bossuet decia de Enriqueta de Inglaterra: «Ella creia perder lo que no daba.»

Parécia, pues, que se entraba en una carrera nueva. Un periódico (1) cuya adhesion á la rama primogénita de la casa de Borbon era conocida, no era mas que el órgano de la inmensa mayoría de los espíritus, espresándose asi, con relacion á este ilustre nacimiento: «Tierno niño, objeto de tanto amor y de tantos votos, ojalá tengas las amables cualidades de tu padre, su bondad, su beneficencia y su afabilidad; pero sea tu destino mas feliz! Tú te apareces en nuestras borrascas políticas, del mismo modo que se aparece la estrella, como último signo de esperanza,

(1) El Diario de los Debates.

al marinero combatido por la tempestad. Qué vengan á reunirse al rededor de tu cuna todos los esfuerzos de los hombres de bien, y que todos los de los malvados vengan á estrellarse en esa cuna sagrada! Crece para imitar las virtudes de la noble familia que te rodea! Crece para consolar á una madre que te ha concebido en el dolor! Crece para hacer feliz á un pueblo que te recibe con tanta alegría.»

Todo parecia seguir el impulso de este pronunciamiento realista, y la sociedad de bellas letras que, colocada bajo la alta proteccion de la familia real, arrojaba en aquella época un vivo resplandor, mostraba reunidas en una misma senda las esperanzas y las riquezas de la literatura. M. de Chateaubriand habia cubierto aquella sociedad con la gloria de su gran nombre. Los señores Lamartine, Victor Hugo (1), Soumet, Ancelot, habian entrado despues de él, y M. Villemain prometia á la cátedra de elocuencia que se habia establecido, el socorro de su espiritual y abundante palabra. Tambien era allí donde se veia á M. de Lacretelle conuover con sus improvisaciones llenas de lágrimas, y abrasadas de un ardiente realismo, á un brillante auditorio reunido para oirle.

Madama no tuvo que formar servidumbre á su hijo. El 14 de febrero S. A. R. *Monsieur* habia prometido á todos los oficiales de la casa del duque de Berry, que si la duquesa daba á luz un príncipe, recobrarian el ejercicio de las funciones en su casa. El 29 de setiembre S. A. R. les hizo entrar en su gabinete y les dijo: «Amigos míos, os anuncio con el

(1) El nacimiento del duque de Burdeos fué celebrado por estos dos poetas: al final de esta parte se encontrarán sus odas.

mayor placer, que estais al servicio de monseñor el duque de Burdeos; estoy bien seguro de que estareis tan firmemente adictos al hijo como lo estuvisteis al padre.» M. de Nantouillet, á quien el padre habia dirigido sus supremas palabras, fué primer gentil-hombre de cámara del hijo: madama de Gontaut conservó el título de Aya de los hijos de Francia, y ejerció las funciones de tal con el tierno príncipe.

La ceremonia del bautismo del duque de Burdeos, y las fiestas públicas con que debia celebrarse su nacimiento, habian sido remitidas por el rey al mes de mayo siguiente. El amaba este aniversario, porque era el de su entrada en Francia, y parecia que la familia real hubiese entrado segunda vez en posesion del palacio de sus padres y de la patria de sus abuelos, por el nacimiento de este maravilloso niño, que la Providencia le habia enviado para consolar sus dolores, y renovar el tronco real, cortado por el cuchillo del 13 de febrero.

Las pompas de N. S. fueron admirables. Era el mas grande y sublime espectáculo el de toda aquella familia pidiendo á Dios diese su bendicion á su tierno y último vástago, á aquella frágil esperanza que acababa de florecer sobre un sepulcro. La duquesa de Berry, colmada de su maternal alegría, y envanecida de los grandes destinos que la Francia y Europa preveian para su hijo, asistió con la familia real á aquella ceremonia. SS. AA. RR., *Monsieur* conde de Artois, y *Madama* duquesa de Angulema, tuvieron en la pila al tierno príncipe, en representacion del rey y la princesa hereditaria de las Dos Sicilias (1).

(1) El bautismo del duque de Burdeos se efectuó el 1.º de mayo de 1821.

Los regocijos con motivo del bautizo fueron brillantes. Hubo numerosas promociones en el ejército. Por la mañana se efectuó en el Campo de Marte una soberbia revista, y por la noche la ciudad de París dió á la duquesa de Berry una magnífica fiesta, que fué honrada con su presencia y la de toda la familia real, á escepcion del rey, á quien se lo impidió el mal estado de su salud (1). Las huérfanas dotadas, los pobres socorridos, los presos puestos en libertad completaron estas alegrías de los felices de la tierra. La duquesa de Berry habia conservado las costumbres de beneficencia contraídas en los cortos años de su matrimonio. Siempre que el cielo la enviaba prosperidades, las partía con los que padecían: además habia mantenido sobre el presupuesto de los gastos, la especie de lista civil que los indigentes percibían cada año durante la vida de su esposo. Los pobres lloraron al duque de Berry, pero no conocieron su falta.

El tierno príncipe fué llamado Enrique Dieu donné. El segundo de estos dos nombres era la expresión religiosa del sentimiento de reconocimiento que animaba á la nación: el primero expresaba sus esperanzas políticas.

Algunos meses despues del bautismo del duque de Burdeos, llegó á Europa una gran noticia; Napoleon habia muerto (2). Era una cosa verdaderamente notable aquella muerte tan inmediata á aquel nacimiento, y aquella tumba que se abría sobre la ro-

(1) El intermedio representado en el salon de la casa de ciudad por los primeros actores de los diferentes teatros de París era, por música de M. M. Boieldieu y Breton, y palabras de M. Alissau de Chazet.

(2) La noticia de la muerte de Napoleon llegó el 5 de julio,

ca de Santa Elena, al mismo tiempo que esta cuna cargada de esperanzas aparecía en las Tullerías. Parecía que la coincidencia de estos dos acontecimientos, viniese á manifestar al mundo que los principios de una sociedad son mas fuertes que el genio de un hombre, porque los principios, como el sol, ven siempre una nueva aurora suceder á cada declinación, en tanto que el genio es un astro efímero, que no tiene mas que una aurora, y un occidente.

La familia real mostró una conveniente gravedad, al saber el fallecimiento de un hombre que, durante tantos años, habia prolongado su destierro, y cuyo nombre servía aun de bandera á todas las conspiraciones. Ella no se entregó á una cruel alegría, y respetó las piadosas tristezas de los antiguos compañeros de armas del gran capitán, que acababa de terminar, en medio de los tumultos del Océano, una vida tan inquieta y tan agitada. El general Rapp, que tenia un destino en Palacio, no disimuló su sentimiento. El rey mismo refirió en la orden, que habia visto sus ojos mojados de lágrimas. «Hoy ha venido, añadió, y le he dicho que su conducta en esta circunstancia, me era una nueva garantía de sus sentimientos.»

Entre los hechos que marcaron el vivo impulso dado á las opiniones realistas, por el nacimiento del duque de Burdeos, hay uno que ha debido reservarse para hablar de él por separado y con mas por menores: este es la suscripción de Chambord.

Pocos dias habian transcurrido despues del nacimiento de Enrique Dieu donné, cuando la proposición de ofrecer el Chambord al real niño en nombre de todos los pueblos del reino, fué propuesta por M. de Calonne, antiguo oficial, aposentador de la casa del rey. «En este momento, escribia, en que S. A. R.

ESTADIA ALFONSIANA

monseñor el duque de Burdeos, este hijo de la Francia, descansa en la cuna ofrecida por la fiel ciudad del 12 de marzo, yo propongo que el castillo y dominio de Chambord, único monumento aun entero del siglo de Francisco I, sean comprados á nombre de las cuarenta mil municipalidades del reino; que este monumento, el solo que ha escapado intacto del vandalismo revolucionario, tome el nombre del príncipe, objeto de nuestras mas caras esperanzas, y le sea dado en propiedad.»

• Puede decirse que los ayuntamientos se levantaron todos á la vez para responder á esta escitacion. Las listas se cubrieron de nombres, y bien pronto la comision de los suscritores respondió en su primer manifiesto: «Sí, el príncipe augusto, objeto de nuestras lágrimas, nos ha legado su hijo; Enrique Dieu donné está destinado por la Providencia á reparar nuestros males. Nosotros le hemos recibido con entusiasmo, y queremos dotarle á fin de probar así á nuestros amigos, como á nuestros enemigos, que este tierno príncipe, que debe reinar sobre nosotros, no tendrá sino súbditos fieles, orgullosos de servirle, y ansiosos de defenderle. Nosotros le juramos sobre su cuna amor y adhesion, y seremos felices si admite la prenda de nuestro juramento.»

Así se veia, que el nacimiento del duque de Burdeos, que parecia destinado á preservarlo todo al rededor de sí, iba á salvar tambien á Chambord, amenazado de caer bajo el martillo vándalo de la banda negra.

Este noble castillo, construido por órden de Francisco I, y bajo la direccion del Primaticio, que durante mas de doce años, habia empleado en él mil y ochocientos obreros, despues de haber sido sucesivamente el asilo del rey Estanislao y de sus des-

gracias, el patrimonio del mariscal de Sajonia y de su gloria, habia sido dado en último lugar por Napoleón al príncipe de Wagram, bajo condicion de que la dotacion que al mismo tiempo se le concedia, estaria aneja á la restauracion del castillo y del parque, restauracion que debia arrastrar un gasto de tres millones. El príncipe de Wagram, no habia llevado las intenciones del donador, y despues de su muerte, la princesa su viuda pidió al rey Luis XVIII la autorizacion de enagenarlo. Fuéle esta concedida, siendo ministro de Hacienda el varon Louis; y ya la banda negra que hacia entonces la guerra á los castillos con el martillo, como la revolucion se la habian hecho con la tea, se preparaba á despedazar aquella real presa. La obra del Primaticio, debia ser vendida en subasta, lo mismo que una tierra de labranza, y la Francia iba á ver desaparecer aquel castillo que era una de sus glorias.

En virtud de una carta dirigida por M. de Calonne á madama de Wagram, se suspendió la venta hasta el 5 de marzo de 1821. Estos cinco meses fueron suficientes para poner á la comision de los suscritores en disposicion de presentarse al remate. Sin embargo, lejos de encontrar apoyo en los hombres que ocupaban el poder, no habia hallado al contrario en ellos sino indiferencia, y aun mala voluntad. El conde Simeon, ministro entonces del interior, dió un informe al rey contra la suscripcion destinada á la compra de Chambord. Al mismo tiempo, la oposicion de la izquierda empleaba la pluma llena de hiel de un escritor de notable talento, para desacreditar la escitacion de la comision, y para hacer encallar sus efectos. M. Paul Louis Courier, derramó á manos llenas las ironías de su elevada intelijencia, sobre aquella obra que tenia á

la vez alguna cosa de noble y de interesante. El helenista distinguido se hizo un bárbaro, y conspiró por espíritu de partido, á la ruina de un monumento, cuyo luto habrían llevado las artes. Las pasiones políticas, son menos nobles en la Atenas moderna, que lo eran en la primitiva Atenas. La historia nos dice, que para hacer la oposicion á Pericles, se haya encontrado un griego que conspirase contra el Parthenon.

Pero las repugnancias del ministerio, y los obstáculos que suscitaba la oposicion de la izquierda, no debian servir sino á probar de una manera brillante, que el donativo de Chambord era un acto nacional, libre y espontáneo, que no tenía necesidad del concurso ministerial para efectuarse, y contra el cual eran impotentes las maquinaciones del espíritu revolucionario.

El 5 de marzo se hizo la adjudicacion del dominio de Chambord, á M. de Calonne, representante de la comision general de la suscripcion, «*para hacer homenaje del dicho dominio de Chambord, y de todas sus dependencias, en nombre de la Francia, á S. A. R. Monseñor duque de Burdeos.*» El precio principal de la adjudicacion ascendió á un millon, quinientos cuarenta y dos mil francos. El anuncio de la adquisicion de Chambord, en nombre del duque de Burdeos, fué para toda la Francia un motivo de alegría, y para los habitantes de Chambord, un objeto de fiesta. Toda la poblacion, las doncellas con sus mas lindos atavíos, los jóvenes marchando con ellas, y los guardas de la posesion conduciendo esta alegre comitiva, fueron á visitar procesionalmente el magnífico castillo de Francisco I, colocado bajo la proteccion de la débil cuna del mas joven de sus herederos. La flor de Lis colosal, que

coronando á Chambord, ha mirado desdeñosamente pasar las revoluciones, que no han podido alcanzarla, fué aquel dia saludada con numerosas salvas de fusilería: ella acababa de escapar de nuevo á las manos de los destructores.

Por una estraña singularidad, la adquisicion de Chambord no fué agradable á las Tullerías. Este hecho, por estraño que parezca á primera vista, se puede esplicar de dos maneras. Por decontado, la suscripcion se relacionaba con el movimiento de opiniones realistas, que debia derribar el ministerio del centro derecho, y hacer pasar el poder á la derecha representada por M. de Villele: en seguida, habia en la servidumbre de los príncipes, una oposicion decidida contra la adquisicion de una posesion, que esponia á todos los que dependian de la Corte, á un viaje de cuarenta leguas.

Hacia algun tiempo que se habian inspirado al rey Luis XVIII, desconfianzas contra las opiniones de la derecha: él no podia perdonarles la caida de M. Decazes, á quien tenia un afecto casi paternal, y el ministerio Richelieu sintiéndose conmóver, y comprendiendo que la adquisicion de Chambord, era una nueva manifestacion de la fuerza de las opiniones que debian heredar su poder, no trataba de disipar las prevenciones del rey.

Por otra parte, se conocia la influencia ejercida sobre los príncipes por sus allegados. Habia pues, verdaderamente en palacio, una conspiracion doméstica contra Chambord. Todas aquellas reclamaciones del círculo de los príncipes, habian sido vivamente apoyadas por un cortesano que, habiendo ido á visitar á Chambord á su vuelta de Bretaña, donde presidia un colegio electoral, vino muy azorado á anunciar en palacio una noticia *gravísima*: que la pie-

za que se llamaba en otro tiempo el gabinete del rey, no podría jamás contener las grandes concurrencias de hoy día.

Monsteur que bajo el punto de vista político, había visto la suscripción con ojos favorables, no había podido escapar tampoco á las influencias de la Corte. Habiendo una persona de su servidumbre venido á decirle, al salir de la adjudicación, que Chambord había sido comprado en nombre de Monseñor el duque de Burdeos, S. A. R. le respondió con cierta aspereza: «¿Y á qué os mezcláis vos en eso?»

Falsas noticias en fin, habían también engañado á la duquesa de Berry sobre el estado de Chambord, como lo advirtió un escritor realista, hombre de talento y de gusto, que frecuentemente ha aplicado con suceso á las artes, un tacto literario notable (1). Volvia de Chambord, á donde había hecho un peregrinaje de artista, y traía consigo dibujos, vistas, numerosas notas, frutos de sus largas investigaciones, y de sus conversaciones con las familias antiguas del país, en las que se han transmitido las tradiciones de Chambord, de generación en generación, como una preciosa herencia. La duquesa de Berry, deseosa de ver estas notas y estos dibujos, el escritor de quien hablamos se las presentó en las Tullerías en el mes de mayo de 1821, algunos días después del bautismo del duque de Burdeos. Hallábase aun vestida con su largo traje de luto, y sus habitaciones entapizadas de negro desde el día de su viudez, no habían aun dejado de ostentar aquellas lúgubres coladuras. A su lado estaban las dos

(1) M. Meze.

huérfanas que su marido la había legado en su lecho de muerte, y jugaban con *Mademoiselle*; porque la duquesa de Berry había cumplido su promesa, tratando á las dos hijas del duque de Berry, como hermanas de la suya. Se levantó y vino á colocarse con madama de Reggio delante de un piano, sobre el cual habían sido puestos los dibujos. Durante algunos minutos los examinó en silencio, y dijo en fin á la persona que se los había traído: «Estos dibujos acaban de sacarse en los mismos lugares? Se le respondió que apenas hacia dos meses que habían sido copiados al natural. Entonces se volvió con viveza hácia madama de Reggio diciendo: «Se me había asegurado que este castillo no era más que un monton de escombros.» Cuando supo que lejos de eso los edificios estaban casi intactos, y las esculturas en un perfecto estado de conservación, se entregó á aquel entusiasmo que mostraba siempre que se trataba de las artes, é interrogando con vivacidad á la persona que la explicaba los dibujos, ella visitó, digámoslo así, á Chambord sobre el plan que se desarrollaba á su vista, haciéndose nombrar los artistas, dando elogios al mérito especial de cada parte del monumento, apreciando la época á que se refería, y no olvidando en sus alabanzas á ninguno de los que, concurriendo á la conclusión de aquella obra maestra, habían ayudado al génio del Primaticio, y se agrupaban así en la historia al rededor de la fama colosal del grande arquitecto Bolonés.

En cada dibujo hacia nuevas preguntas: la princesa quería, por decirlo así, que se animase Chambord delante de ella, mostrándole sobre cada parte de aquella grande escena, los hechos notables que en ella habían pasado. Así fué necesario decirle donde estaba la sala en que se efectuó la primera

representación del *Aldeano caballero*, aquella obra maestra caída ante el silencio de Luis XIV, y que una de sus palabras bastó para restaurarla. La duquesa se hacia indicar el ala del edificio que habia habitado el piadoso rey Estanislao, el oratorio en que rezaba la reina su muger; oratorio maravilloso, colocado como por un pensamiento profético, bajo la protección del arcángel san Miguel, á quien está consagrado el 29 de setiembre. Ella queria saber tambien en qué habitación habia muerto el mariscal de Sajonia, aquel hombre victorioso que habia llenado á Chambord de sus pompas guerreras: A cada respuesta esclamaba: «Me habian engañado; el castillo es admirable, es un gran monumento histórico.» En aquel momento anunciaron al duque de Levis, y el conde de Nantouillet. La princesa les hizo adelantar, y les mostró con entusiasmo los dibujos. «Ya veis señor de Nantouillet, añadió, que no era esto lo que se nos habia dicho.»

Cuando la persona que habia así rectificado las ideas, y destruido las prevenciones de S. A. R. estuvo en el caso de retirarse, la manifestó el gozo con que los habitantes de Chambord verian á la madre de Enrique Dieu-donné en el dominio de su hijo. La duquesa de Berry le respondió con una graciosa bondad: «Si volveis á Chambord, decirles que iré á visitarlos, y que aquel dia lo será de regocijo para mí.»

Este viaje proyectado desde entonces, no debia verificarse hasta siete años despues.

Pero desde luego, la duquesa de Berry comprendió, que la Francia habia hecho á su hijo, dándole á Chambord, un presente digno de ella y de él, y no contribuyó poco á desvanecer las preocupaciones de *Monsieur*, contra esta residencia real. La madre de

Enrique Dieu-donné, conoció que bajo este donativo nacional, habia un pensamiento político; este era un lazo mas entre la Francia y el nieto de Luis XIV. La Francia regalaba á los Borbones, de quien tanto habia recibido. Las municipalidades del reino representando sus pueblos, de quienes habian sido tutores y padres los antecesores del jóven principe, se hacian ellas mismas ahora tutoras del real niño. ¿Qué cosa mas justa? Citemos las bellas palabras contenidas en el manifiesto de la ciudad de Caen: «La historia dirá como agotado por inmensos beneficios, el rey que en todas partes restablece la cabaña del pobre, se vió reducido á la nueva impotencia de rescatar el techo de sus antecesores: ella dirá tambien: que vuestros hijos conmovidos acudieron á vuestros pies, que entonces los fieles pueblos de vuestro reino, solicitaron la felicidad de añadir un florón á la corona de las Lises, y la de colocar ellas mismas al duque de Burdeos en el venerable palacio, donde todo respira la gloria y el honor.»

